

ENCARNACION Y NACIMIENTO: CONTEMPLAR EL SURGIR DE LA LIBERACION

Benjamín González Buelta, sj.*

Son tan grandes los pobres en la presencia divina que principalmente para ellos fue enviado Jesucristo a la tierra. "Por la opresión del misero y del pobre ahora, dice el Señor, habré de levantarme" (Ps. 1,6).

(S. Ignacio de Loyola. Carta de los PP. de Padua. 7 de agosto 1574).

I. Contemplación necesaria

En las contemplaciones de la encarnación y del nacimiento de Jesús, según nos lo presenta San Ignacio de Loyola en su libro de los Ejercicios Espirituales (en adelante EE), somos conducidos a una experiencia espiritual profundamente necesaria para todos los que tratamos de acompañar hoy, de diferentes maneras, el proceso lento y duro de los pobres hacia una sociedad más justa.

Somos invitados a entrar en un movimiento contemplativo que arranca de la dureza de un mundo dividido y confrontado hasta situaciones de muerte. Pero ahí mismo, en medio de los enfrentamientos, de la dureza del camino de los pobres, del rechazo social, y de la opresión imperial que saquea con sus impuestos (EE.111), vamos avanzando hasta "gustar la infinita suavidad y dulzura de la divinidad" (EE.124).

* Maestro de Novicios (Santiago, República Dominicana). Publicó *El Dios Oprimido*. Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1987 y *Bajar al encuentro con Dios*. Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1988.

Para llegar a esta experiencia que nos sumerge en "la locura" y "la debilidad" de Dios (1 Cor. 1,25), hay que superar varias capas de resistencia, la primera es la opresión y el dolor que parecen en determinados momentos lo único cierto y absoluto. En segundo lugar, debemos liberarnos de tantas celebraciones navideñas que buscan la "suavidad" en la evasión hacia fantasías desconectadas de la historia donde Dios está comprometido con nosotros.

II. Modo de orar: la contemplación del misterio

La existencia frágil de Jesús, con la que Dios responde a una historia entera de pecado e injusticia, provoca el asombro. En este asombro se abre el espacio de una contemplación inagotable.

Estamos ante un misterio que tiene que revelarnos su secreto, no por la lógica de nuestro razonamiento, sino por la ruptura de "lo razonable"..., por la apertura a lo excesivo, a lo gratuito. Es necesario abrirse al sentido que brota de este nacimiento y de esta encarnación. Para el que no contempla, quedará siempre como una lógica desconcertante.

Este misterio se cierra herméticamente al que quiere abordarlo de manera posesiva, con todas las herramientas de la eficacia y de la razón dominadora. Pero regala un sentido luminoso a todo el que acepta contemplarlo con la apertura confiada, y se siembra, como Jesús encarnado, en el fondo de la tierra. Entonces se comprende la historia como una tierra fecunda donde ha sido sembrada la salvación, donde se va gestando el proyecto de Dios, y donde puede brotar (Is. 11. 1; 45,8) con la sorpresa de todo nacimiento.

Este misterio evade toda avaricia, los códigos sabios y las coronas de la corte herodiana (Mt. 2, 1-12), pero se revela gratuitamente a los pastores en medio de su noche. (Lc. 2, 8-18). Todo el que lo guarda en su corazón fascinado como María (Lc. 2,19), y lo defiende en su fragilidad de brote germinal contra los que quieren aplastar el futuro (Mt. 2,13), irá recibiendo una iluminación que no puede ser negociada a ningún precio.

III. Situación en el dinamismo de los ejercicios

Las contemplaciones de la encarnación y del nacimiento están situadas después de la meditación del Reino. Ahí somos invitados a confrontarnos a la historia con esperanza, y a ofrecernos para un seguimiento de Jesús, servidor del Reino de Dios en un combate contra todas las fuerzas que nos esclavizan desde dentro y desde fuera.

Estas contemplaciones van seguidas de las meditaciones decisivas del cuarto día de la segunda semana. Con lucidez evangélica, "las dos banderas" nos sitúan ante el camino de la libertad que se sumerge en la pobreza y las humillaciones, y ante el camino de la esclavitud y la opresión que trepa por la acumulación de riqueza, de honores vanos y de soberbia.

Los "los tres binarios" tratan de liberar nuestra afectividad de cualquier amor desordenado a "cosas adquiridas", para ser movidos sólo por "el amor que desciende de arriba" (EE. 155, 180, 184), del Dios creador de la libertad y de la vida.

En la consideración de las "tres maneras de humildad", el ejercitante quiere y elige pobreza efectiva y humillaciones (EE. 167) en seguimiento de un Jesús que transitó antes que nosotros este mismo camino de vida como consecuencia de su compromiso por el Reino de Dios.

La experiencia que prepara este día cuarto de la segunda semana, verdadera "encrucijada de la libertad", es precisamente la contemplación del Dios encarnado en la historia, en la limitación y la debilidad, nacido en "suma pobreza" (EE. 116), solidario y cercano de manera estremecedora con todos los que han existido en el rechazo y la marginación.

IV. El mundo, una diversidad en conflicto

En la contemplación de la encarnación, Ignacio nos presenta el mundo en toda su extensión y diversidad. Contemplamos diferencias raciales ("blancos y negros"), económicas ("ricos y pobres"), de salud ("sanos y enfermos"), de etapas de la vida ("unos naciendo y otros muriendo"), y culturales ("en trajes y en gestos") (EE. 106).

Esta diversidad no es armonía ni complementariedad como un cuerpo bien integrado, sino que son gentes que viven "en ceguera" (EE.106), "juran, blasfeman (EE.107), "hieren y matan" (EE.108), se enfrentan y se destruyen. Así van cayendo a la más baja degradación. Se van precipitando hacia los "infiernos" más hundidos de la condición humana.

El mundo del nacimiento está situado de manera bien concreta en la historia. Somos invitados a contemplar el camino que va subiendo desde Nazaret a Belén, y que va siendo recorrido por María embarazada. En este camino viajan según la condición social de los pobres.

Este viaje, en un momento tan inoportuno, no viene de una decisión propia. Existe un edicto del Imperio Romano. Van a Belén "a pagar el tributo que César echó en aquellas tierras" (EE. 111). Los impuestos del

Imperio Romano eran fuertes, apoyados en las legiones, y cobrados por recaudadores judíos que se enriquecían extorsionando al pueblo para acumular grandes fortunas.

La cueva del nacimiento es un refugio de animales, en las afueras de la ciudad. Para ellos no había hospedaje en Belén.

La historia de la opresión y de la injusticia se concreta para Jesús en el tributo, el camino y la cueva. Jesús nace abajo y fuera, excluido, atrapado en los engranajes que llegan hasta la periferia de un gran imperio, y desarticulan los planes modestos de una familia pobre que espera el nacimiento de su hijo.

V. La Trinidad contempla el mundo

El surgimiento del hombre y su pecado destructor, que empapan de sangre y de lágrimas la historia entera, son conocidos por Dios desde antes de lanzar la creación de su existencia, desde "su eternidad" (EE. 102).

Dios crea sin egoísmo ninguno. Crea exclusivamente para bien nuestro. Si crea seres que pueden pecar y sufrir, es porque ha preferido lanzar a la vida seres capaces de amar, y no marionetas, personas que pueden escoger su camino, y que al final de la historia lleguen hasta el encuentro definitivo con él y con los demás, con el rostro que cada uno se haya ido dando a sí mismo. Dios nos ha creado libres.

Dios se hace responsable de lanzar a la vida un mundo marcado por el dolor. Y mantendrá su compromiso hasta quedar él mismo salpicado por el dolor. Dios "ama la vida" (Sab. 11, 26), y "no puede odiar nada de lo que ha hecho" (Sab. 11,24). El sufrimiento del hombre que tantos gritos de queja contra Dios ha levantado a lo largo de los siglos, no es el latigazo del castigo de Dios sobre las espaldas del mundo, sino todo lo contrario. Es la revelación de un amor comprometido de Dios hasta recibir él mismo el latigazo del mundo sobre la espalda indefensa de Jesús.

En Jesús encarnado y nacido en Belén, comienza la revelación definitiva del compromiso de Dios con el mundo. "El Hijo del Hombre no vino para condenar la vida de los hombres, sino para salvarlos" (Lc. 9,56). En el Hijo encarnado, Dios se acerca a nosotros en la limitación y la fragilidad de la "carne mortal" (1Jn. 4,2), y es arrollado él también por un mundo de injusticia. Pero nos enseñó el camino de la libertad. El Padre tiene que asumir la muerte de su Hijo, como asume la suerte de cada uno de nosotros.

En Jesús comprendemos que Dios es nuestro aliado en la lucha contra el sufrimiento. Jesús resucitado es el triunfo definitivo sobre el pecado y el sufrimiento desde una vida como la nuestra. Dios no nos salva desde la asepsia de su eternidad. El nos contempla desde "su eternidad" (EE. 102), pero el mal con todos sus rostros aterradores, lo llama a bajar hasta los infiernos de nuestra historia, mezclarse con nuestras angustias, y acompañarnos en nuestros caminos de libertad.

Esta contemplación sólo puede hacerse desde la Trinidad (EE. 102). No se puede reducir a Dios sólo a Jesús. En la encarnación, el Hijo de Dios se hace realmente "uno de tantos" (Filip. 2,7). En él aprendemos a relacionarnos con Dios como Padre de bondad y cercanía, y precisamente desde el fondo de nuestro cautiverio. También aprendemos a relacionarnos con Dios como Padre de bondad y cercanía, y precisamente desde el fondo de nuestro cautiverio. También aprendemos a reconocer la presencia de su Espíritu, como fuerza de liberación que dialoga con nosotros desde lo más hundido de la historia y desde lo más íntimo de cada uno.

VI. Contemplando el brotar de la salvación

"Venida la plenitud de los tiempos" (EE. 102), brotó desde abajo la salvación enterrada en las entrañas de la historia humana, sembrada en nuestra tierra desde el principio de la creación. Cristo "es antes que todo y el universo tiene en él su consistencia" (Col. 1, 17).

Empezamos contemplando la casa de María en Nazaret (EE. 102). María era joven, pobre, campesina y virgen, con un proyecto de matrimonio con José. Si Dios quiere entrar en este mundo tiene que ser acogido por una mujer, amado, y entregado a la vida. Sin el consentimiento de María, no hay puerta de entrada para que el Hijo de Dios sea realmente uno de nosotros.

El compromiso de María no se puede forzar. Tiene que ser asumido libremente por María. Dios dialoga con ella. La liberación empieza en un diálogo de libertades, y en la entrega de María.

En la contemplación del nacimiento aparece Jesús en medio de nosotros sometido a las condiciones de la geografía (hora del parto). Nos invita Ignacio a "mirar y considerar" ... "el caminar y trabajar para que el Señor sea nacido en suma pobreza" (EE. 116). Pobreza y opresión impuesta desde fuera, pero acogida desde la decisión del Hijo de encarnarse en María. "Siendo rico se hizo pobre" (2 Cor. 8.9). Donde piensan los que dominan que "no hay gente" se rasga el sistema destructor y brota la novedad salvadora de Dios. Aparece como una fragilidad ab-

solita, pero amada por María y José, servidores de este proyecto de Dios que los sobrepasa.

Pero, ¿desde dónde contemplar? "Haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades?" (EE. 114).

La contemplación se realiza desde la cercanía, desde una sintonía de situación con el Jesús pobre. Yo me hago pobre y servidor. Más adelante, en la meditación de las banderas, y en la consideración de la tercera manera de humildad, comprenderemos que ese hacerse pobre y servidor no es un simple juego imaginativo de la contemplación, sino que empalma con el dinamismo profundo del seguimiento de Jesús en la vida de todos los días. La pobreza y el servicio humilde crean la situación privilegiada para contemplar al Jesús nacido en suma pobreza. Los pastores representantes de los pobres en el evangelio de Lucas, serán los contemplativos privilegiados del nacimiento de Jesús (Lc. 2, 16).

Por otro lado, la contemplación y el servicio siempre van juntos. Ya en la misma oración yo contemplo a Jesús, María y José, y me veo a mí mismo sirviéndoles en sus necesidades. Esta actitud abre el camino para situarme ante el Jesús "nuevamente encarnado" (EE. 109, 117) que encontramos en los coloquios de las dos contemplaciones.

VII. La sombra de la cruz y la suavidad de Dios

¿Por qué, en medio de esta contemplación gozosa pone Ignacio la sombra de la cruz? Jesús nace en "suma pobreza", "y a cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y de afrentas, para morir en cruz" (EE. 116).

De manera resumida se concentra aquí la vida pobre de Jesús, y las consecuencias dolorosas de una confrontación con los que dominaban la sociedad de su tiempo. Hay una línea recta que va desde la cueva encontrada fuera de Belén, hasta la cruz levantada fuera de Jerusalén.

Existe un desafío inmenso en este planteamiento. Hoy también nosotros experimentamos de alguna manera la sombra del fracaso y de la cruz en el camino del compromiso del Reino de Dios desde los pobres. También vemos la sombra de la cruz sobre los rostros de los niños nacidos en los campos y barrios marginados. Pasan los años de inserción, de solidaridad con la causa de la justicia, pero no llega mejoría. Más bien llega el cansancio y el deterioro como consecuencia de trabajos duros y confrontaciones abusivas desde el poder. En muchas

ocasiones vemos que crece la conciencia, la organización popular, las comunidades que viven valores evangélicos, pero también se agranda el "abismo" que separa clases y pueblos. Al mismo tiempo, se fortalecen los que desalojan al pueblo fuera de la ciudad, cada vez más lejos, y lo clavan en la cruz.

En la dureza de este planteamiento existe una invitación a no quedarse en el espasmo de la cruz. Nos propone Ignacio caminar en una experiencia espiritual que arrancando de la opresión y la pobreza llève a sentir y gustar "la infinita suavidad y dulzura de la divinidad" (EE. 124).

Este es un desafío decisivo en la hora presente. El sentido que rehace permanentemente las personas en esta vida comprometida es inaccesible al esfuerzo. Pero es un don que puede ser recibido en la contemplación, en la medida en que llevamos este misterio dentro del corazón (Lc. 2, 19), hasta que nos vaya revelando toda la fuerza de salvación que esconde. Dios es discreto en la historia. En esta discreción de Dios vamos y venimos, actuamos y oprimimos o liberamos. Pero en la marginalidad de la historia, no se puede caminar largo tiempo de manera creadora sin ser nosotros mismos alcanzados por esta salvación.

La "infinitud" de esta "suavidad y dulzura", hace referencia a un encuentro inagotable en el que somos rehechos permanentemente, y en cuyo abismo de plenitud avanzamos.

El que ha contemplado la dureza del nacimiento de Jesús, igual a la de tantos nacimientos marginales, y ahí ha acogido la "suavidad y dulzura" de Dios, está en condiciones de crear el futuro del Reino desde un corazón no invadido por la amargura sino abierto y creador desde la esperanza.

Esta experiencia es transformadora de la persona y desencadena un dinamismo de pobreza y de compromiso incomprensible para los que sólo pueden "sentir y gustar" la "dulzura" de la comodidad, el prestigio y el reconocimiento de los que dominan y figuran.

VIII. Una nueva sensibilidad

Después de estar el día entero inmersos en el misterio de la encarnación o del nacimiento, Ignacio nos propone al final de la jornada una forma de contemplación llamada "aplicación de sentidos". Nos habla de ver, gustar, tocar ... el misterio contemplado de diferentes maneras a lo largo de todo el día.

Ahí percibo con mis sentidos la dureza del nacimiento, del camino, de la cueva... Pero ahí mismo percibo también la "infinita suavidad y dulzura" de Dios que está encarnado en esa realidad. Así va naciendo una nueva sensibilidad capaz de dejarse impactar por dimensiones del actuar de Dios en medio de nosotros no tan fácilmente constatables.

Después, en medio del trabajo, en la vida de cada día, ya no percibiremos con nuestros sentidos solamente la dureza, la agresión de la miseria... Tendremos ojos y oídos para descubrir lo sorprendente del Dios "nuevamente encarnado" hoy en medio de nosotros.

Esto es de alguna manera, lo que expresa San Juan cuando dice: "lo que vieron nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos (...) se lo anunciamos ahora" (1 Jn. 1, 1-3). Al ser alcanzados por esta "Vida" encarnada, podemos responder a ella. Una nueva sensibilidad va naciendo. Allí donde sólo veíamos la presencia de la muerte que también iba entrando dentro de nosotros, acogemos la "Vida" (1 Jn. 1, 1), y nos hacemos "solidarios" (1 Jn. 1, 1-3), atraídos por su fuerza y su sentido luminoso que nos llena de alegría (1 Jn. 1, 4).

A través de este proceso contemplativo, nos vamos desprogramando de las imágenes y sonidos "mundanos", que tratan de infiltrarnos e invadir nuestra intimidad desde lo bello y lo suave..., presentado ante las puertas de los sentidos en los mil rostros publicitarios, para adueñarse así de nuestra afectividad, de nuestras relaciones y de cada uno de nuestros pasos.

IX. El Señor nuevamente encarnado

Las dos contemplaciones, lo mismo que la aplicación de sentidos, terminan con el mismo coloquio (EE. 109, 117, 126). "Hablar a las tres divinas personas, o al Verbo eterno encarnado o la Madre y Señora nuestra pidiendo según que en sí sintiere,, para más seguir e imitar al Señor nuestro, **ansí nuevamente encarnado**".

¿Dónde está hoy Jesús nuevamente encarnado? ¿Dónde tenemos que imitarle en nuestra manera de vivir? Ciertamente que la encarnación de Jesús es un acontecimiento único que afecta la historia entera y que se actualiza para mí en la contemplación.

Pero no nos podemos detener ahí. Dios aparece hoy "nuevamente encarnado", de manera privilegiada, en la fragilidad de las vidas oprimidas que desde las periferias de las ciudades y los sistemas sociales emergen como don del Padre de la vida, como "brazo fuerte" (Lc. 1, 51) del Reino. Con estos pobres Jesús mismo se identificó.

Por tanto, como prolongación de la encarnación de Jesús, también debemos contemplarlos e "imitarlos" (otra forma de decir que nos evangelizan). A ellos debemos "servir" con "todo acatamiento y reverencia posible" (EE. 114), de la misma manera, con la misma actitud con la que servimos a Jesús en la contemplación. Nuestra actitud de servicio ante el pobre, nos revelará la verdad o mentira de nuestra contemplación.

En esta perspectiva comprendemos mejor lo que nos dice la Congregación General 33: "Esta cercanía del Cristo de los Ejercicios nos ha llevado a una cercanía más íntima con los pobres con quienes el mismo Jesús se identificó". (C. G. 33, n. 31).

X. Una pedagogía contemplativa para el seguimiento de Jesús

En estas contemplaciones San Ignacio une el más crudo realismo de la historia, con la acogida más íntima y gozosa de la cercanía salvadora de Dios.

No quedamos encerrados en la confrontación y dureza del mundo, sino que ahí mismo, en el fondo de nuestra realidad, contemplamos cómo se nos revela en la presencia frágil de Jesús, el compromiso sorprendente de Dios con nosotros. "Dios, la plenitud total, quiso habitar en Jesús para por su medio reconciliar consigo el universo" (Col. 1, 19-20).

Desde esta experiencia contemplativa va naciendo en nosotros una sensibilidad nueva para contemplar nuestro mundo actual, de tal manera que podamos percibir en medio de cualquier esclavitud los brotes de la vida nueva, la liberación que verdaderamente reconcilia todas las cosas.

Desde esta experiencia de sentido y gozo, se derivan simultáneamente un encuentro íntimo y personal con Dios en medio de la historia, y un compromiso activo por esa novedad liberadora que Dios va haciendo surgir en medio de nosotros.

Desde un corazón que se ha encontrado así con Dios, podemos ser creadores esperanzados y fieles en el "seguimiento" de Jesús (EE. 104, 113).